

BASES DE LA VIDA CORRIENTE *

«LA VOZ DE ESPAÑA» — San Sebastián 6 de Febrero de 1979

Un pequeño libro ascético «Amigos de Dios» nos da ocasión para presentar algunos pensamientos de su autor, Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer.

Es desde luego un prontuario de problemas —con sus soluciones y corolarios— de los que algunos hacen su aparición en el campo de visión de todo hombre que haya logrado instalarse en la solitaria intimidad de su conciencia, problemas que, partiendo de diversos puntos de vista, convergen en un ¿qué soy yo?

Empieza la obra señalando la grandeza de la vida corriente de quienes cumplen fielmente las obligaciones habituales de la jornada. Pero esto requiere de cada uno que cultive la vida interior, pensando en su destino, en su ideal supremo y fin último. Tras preguntarse una y otra vez ¿para qué estoy en la Tierra? Ideal y fin último que muchos sitúan en un plan genéricamente biológico, respondiendo a requerimientos de lo funcional y mecánico que tiene el hombre; puesto que unos consideran la grandeza de la comunidad como fin en sí, otros «se postran delante del dinero, otros adoran el poder, otros la relativa tranquilidad del escepticismo, otros

* Sacado del diario *La Voz de España*, p. 27, Donostia, 6 de Febrero de 1979.

descubren en la sensualidad su becerro de oro». Es decir, pueblo, prestigio, dinero, poder y placeres erigidos en valores supremos, en ídolos o eones de una religión cuasi totémica y hedonista.

No está ahí, sin embargo, la verdadera solución del problema. El hombre no se aviene a ser una especie vegetal o un simple animal. Hay que situarse en otro nivel, en la soledad de la vida interior, donde uno indaga quién es él y cuál es el sentido de la vida. Así llega al reconocimiento de algo que le trasciende infinitamente, de Dios Padre y auténtico fin supremo de todos nosotros, lo que es incompatible con la creencia de que la vida humana es simple caudal biológico y no más.

Siendo Dios nuestro ideal y referencia final, con El nos sentimos enlazados y a El tendemos, como al bien supremo, con conciencia y con amor. Debemos amarle y, consiguientemente, también debemos amar al prójimo. Así, el amor de Dios y del prójimo se hallan en la base de nuestra «vida personal» y deben ser el aglutinante de nuestra vida social. Cristo lo ha consagrado de modo particular diciendo: «Os doy un nuevo mandamiento: que os améis los unos a los otros como yo os he amado».

Siendo «cada alma dueña de su destino, para bien o para mal», nuestro libre, pero razonado asimiento al Supremo Bien (Amor a Dios, como a principio y fin del hombre) es la piedra fundamental del orden moral y de la convivencia humana. Así dice Mons. Escrivá de Balaguer: «En cada una de tus actividades, porque cuentas con la fortaleza de Dios, has de portarte como quien se mueve exclusivamente por Amor».

Por eso, el hombre, sujeto que tiene su destino intransferible, se halla integrado en un orden moral, superior al necesario y funcional: es, pues, categoría ética, una persona. Por eso también, «cuando alguno centra su felicidad exclusivamente en las cosas de aquí abajo... pervierte su uso razonable y destruye el orden sabiamente dispuesto por el Creador».

En esta andadura nuestra sobre la Tierra es normal que busquemos un símbolo que nos recuerde nuestro plan de vida y un modelo concreto a quien imitar. Cristo es ese modelo. El dijo de Sí: «Yo soy el camino, la verdad y la vida», y demostró que lo era con numerosos prodigios y dejándose crucificar y resucitando

luego. Así dio testimonio de su misión y de su divinidad, como lo dieron también, sellándolo con su martirio, los discípulos que lo trataron.

Sabemos, pues, el camino, Cristo «ha dejado sobre este mundo las huellas limpias de sus pasos». No faltan trabas ni apremiantes instancias hacia la deserción. Desde luego, los mil tentáculos de la concupiscencia, de los que cada uno tiende a dominar al hombre todo entero y a ponerlo a su servicio. Pero también esa vorágine de ideas, de tópicos, de imágenes y de informaciones constantemente movilizadas por poderosos medios de comunicación, y el sistema social de masas en el que cada uno se halla inconscientemente integrado. Por eso son innumerables los individuos que, en ese medio dominado por la técnica se hallan transformados en objetos técnicos, alienados y deshumanizados. Desde luego, el peligro es inminente para todos.

Si en este agobio llegamos a fracasar, reconozcamos nuestro yerro, y, confiando en Dios, «reaccionemos con dolor, pero sin desánimo y con sonrisa que brota de nuestra condición de hijos de ese Amor» que es nuestro Dios. Si este espíritu informara nuestra vida, seríamos como lámpara que alumbraría nuestro contorno, como fermento que transformara la masa y como semilla que produjera frutos.

«No habría un solo pagano, si nosotros fuéramos verdaderamente cristianos». Así concluye Mons. Escrivá de Balaguer una cita que, como toda su obra, parece un grito lanzado para la conquista del hombre.